

Las cajas

Cuento

Alma Rosa Jiménez

I

Un día después de la mudanza, Renata volvió a la casa. Al subir a la azotea, vio las dos cajas: una azul con grecas doradas y la otra de madera tallada. Sabía que habían estado guardadas en la covacha del cuarto de la azotea, el que nunca abrían por miedo. Durante el cambio,

Renata ni siquiera se había acordado de la covacha. No se explicaba cómo habían sacado las dos cajas. Su madre y ella sólo habían ido a probar las llaves. Pasó por cada habitación para ver que no quedara nada cuando le dio por subir a la azotea y vio las cajas.

Notó lo bellas que eran y le extrañó que las hubieran puesto en el exterior y al paso. Entró al cuarto de



Las cajas



Lavandera



Lavandera (tendiendo)

servicio y miró la puerta de la covacha sellada, como siempre. Imaginó lo que podría haber en su interior y frenó la mente para continuar la inspección sin mayores perturbaciones, tratando de ignorar que acababa de ver las cajas afuera. Miró la puerta del cuarto y se dijo a sí misma que ahí sólo quedaban cosas inservibles. Mantuvo la mirada en la nada y escuchó ese abrir y cerrar de puertas tan familiar de su infancia. Decidió volver a la casa para ver cómo iba su madre con la prueba de las llaves.

—Bien hija —le dijo su mamá—, aunque sólo he podido dar con la llave del zaguán. Como nunca usamos las demás no sé ni cuál es cuál.

—¿Ya viste las cajas? ¿Qué vas a hacer con ellas? —preguntó Renata.

—La verdad —dijo su mamá mientras probaba la llave de la recámara y la puerta del baño rechinó—, nunca he sabido que hacer con ellas.

—¿Sabes lo que guardan? —preguntó Renata—. ¿Las abriste cuando llegamos a vivir aquí?

—¡Cómo crees! —respondió la madre asustada y Renata repuso.

—Entonces sabes lo que guardan.

Su madre permaneció en silencio, concentrada en la llave, y Renata prosiguió.

En una hay unos paquetitos de papel mantequilla o china, acomodados en un lienzo oscuro y bordado. La caja azul es la que tiene esos paquetes. Del baúl grande mejor ni hablar.

—Sí —respondió la madre bajando la cabeza—. Yo también las vi pero nunca supe bien a bien lo que tenían dentro. Ni siquiera sabía en dónde estaban. ¿En dónde las encontraste?

—En la azotea —dijo Renata impaciente—. Ya te dije: están ahí, a la intemperie ¿qué no las sacaste tú?

La madre volvió a callar y Renata continuó.

—¿Nos las vamos a llevar?

—¿Y luego qué haríamos con ellas? —respondió la madre alarmada—. El baúl de madera siempre me gustó como para guardar sábanas y ropa blanca, pero sería algo impropio, ¿no?

—¡Ay madre!, ¿cómo se te ocurre? Más que impropio sería: macabro.

—¿Por qué?, ¿entonces sí sabes lo que tiene el baúl?

—Pues..., me lo imagino, igual que tú. No te hagas...

En la azotea ya está tendido el lienzo. ¿Es un mantón de Manila, verdad? Ahí está, recién lavado y tendido al sol como si fuera una prenda cualquiera. Arriba estaba la Señora acomodándolo en el tendedero. Le peinaba los flecos y lo miraba asombrada. A lo mejor para llamar mi atención, para que yo volteara a verla. Sé que sintió mi mirada y, cuando el viento lo alborotó, el lienzo, ella desapareció como empujada por el aire o por las mismas ondas del mantón al aire. Se fue a la recámara de visitas. Desde la azotea oí el portazo que dio.

—¡Qué apuración hija! Si entregamos las cajas a la policía capaz de que nos abren una investigación. No vayamos a traer más desgracias por andar ahí de bien intencionadas. Ni siquiera estoy segura de que en el baúl estén los restos de la niña. Cuando estabas chiquita tenía miedo de que la Señora o la niña te hablaran. Temía que fueran a hacerte algo. No sé cómo murió la niña, ni porqué la dejaron aquí. ¿Alguna vez hablaste con ellas, con la niña o con su madre?

—No mamá —respondió Renata—, la niña no necesitaba hablarme. Yo siempre soñé con las cajas y sabía

que estaban en la covacha. Desde que estaba chica por todos lados se me aparecía la Señora. Ahora que la vi en la azotea con las cajas hasta me pareció normal.

—Creo que tenemos que enfrentar la situación. Sólo eso me falta para poder irme en paz.

—¡Claro! —añadió Renata—. Eso sería como cerrar un círculo, ¿no?, como romper una cadena.

—Ojalá se pudiera —dijo la madre—. Lo importante es que tú, mi hijita, sepas qué hacer con las cajas. Yo nunca me animé a sacarlas. ¿Sabes a dónde quieren ir?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —respondió Renata—. Yo le caía bien a la niña. Nunca me asustó. Hacíamos pactos. La dejaba mirar mis muñecas y trataba de explicarle los programas para que me dejara ver la tele. Me acompañaba a hacer la tarea, jugábamos en el jardín... Sabes, me daba pena verla tan sola. De repente se me aparecía vestida con mi propia ropa, pero eso lo hacía sólo para jugar. Ella quería ser como yo aunque sabía que nunca iba a crecer.

—Sí, éramos igual que ellas: una mamá y una niña en esta misma casa. Yo tenía mucho miedo de que algo te pasara, de quedar aquí atrapadas como la niña y la Señora, pensando por ve tú a saber por qué. Si no me hubiera puesto tan mala nos hubiéramos ido juntas. En fin, ahora sólo falta ver la forma de sacar las cajas.

—Ay mamá, pues si no pensabas llevártelas ¿por qué las sacaste de la covacha y lavaste el mantón y todo...?

—Ay, Renata —dijo la madre compasiva—. ¿Qué no ves, hija, que se te siguen confundiendo los planos?

II

Conchita fue a abrir la puerta y... ¿qué crees?, la que tocaba era Renata pero grande. Renata es una señora, mami. Y le dijo a Conchita que la casa ya era de ella y que aquí había vivido con su mamá cuando era niña. Conchita la dejó entrar porque Renata quería acordarse de cuando era chiquita. Yo creo que vino a buscarnos, mami. Conchita estaba tose y tose y cuando Renata entró le dijo que ya sabía que iba a venir ¿tú crees? Yo creo que Conchita también anda soñando.

¿De qué murió su abuelita?, le preguntó Conchita para hacer plática y Renata le dijo: de ve jez. Luego Conchita dijo que había estado enferma, que la disculpara por no atenderla como se merecía. Le dijo que no podía curarse de la tristeza que tenía desde que se había muerto su niña. ¿Su hija?, le preguntó Renata. No, le dijo Conchita, la hija de la muchacha que era mi sirvienta. Ella se me murió en el cuarto de servicio a la hora del parto.



Juego en las sombras

Yo adopté a la bebé y la quise como si fuera mía. Pero todo fue muy triste, la nena empezó a estar mal, los doctores no le atinaban, y se murió antes de cumplir dos años. No se imagina cuánto me ha afectado perderlas.

De seguro, mami, Renata se acordó que también aquí se le murió su mamá. Y luego, cuando vio a Conchita tan afligida, como que le cogió confianza. Le agarró las manos y le contó un sueño que había tenido con su mamá. Conchita le dijo que ella también sabía de las cajas que soñó Renata, y que una era el féretro de una niña, mami. Eso dijo. Luego, Conchita le dijo que no podía creer que Renata y su mamá jamás hubieran hablado de las cajas. ¿Cómo cree Conchita?, le dijo Renata, si mi mamá se murió cuando yo era niña. Sólo en sueños mi madre y yo pudimos hablar como adultas y después de veinte años, como si nos estuviéramos mudando de casa.

¿Qué fue lo que usted supo de la muerte de su madre?, le preguntó Conchita, y ella le dijo que nunca le dieron explicaciones. Yo era muy chica, le dijo, y desde que mamá murió mi abuela me recogió y me llevó a vivir con ella a Michoacán. Mi abuela y yo nunca volvimos aquí. Para las dos el recuerdo de esta casa era muy amargo. A mi abuela no le gustaba tocar el tema. Rentó la casa y nada más se entendía con el administrador que usted conoce.

Y, ¿sabes qué más dijo Renata, mami? Que ahora que su abuela se murió, pues a ella le tocaba recuperar sus bienes. Renata dijo eso con mucha tristeza. También dijo que sólo quería recuperar los bienes y ninguno de los males. Dijo: Ricardo, mi esposo, y yo tenemos una hijita y, sabe, la adoramos. Sé que tengo que protegerla de lo que hay aquí. Conchita no quería dejarse asustar por la historia del sueño que Renata tuvo con su mamá. Entonces Conchita otra vez le dijo que estaba enferma y que ella no podía andar rompiendo los muros para sacar las cajas de la covacha. Renata le dijo que ella se iba a encargar de todo. Conchita, ya la conoces, decía que no muchas gracias, pero Renata estaba necia con eso y ya ves, lo hizo. Llegó temprano con tres señores. Estuvo toque y toque, y como Conchita no le abría, sacó su llave de la calle y se metió. No digas que no te diste cuenta, mami. Oí lo enojada que estabas aventando todas las puertas de arriba. El doctor y el marido de Renata se fueron a ver a Conchita a su recámara y Renata se llevó al albañil a la azotea. Ahí estuvo ese señor dándole con un mazo a la pared, sacó mucha tierra y piedras y encontró las cajas. Renata se quedó helada cuando las vio llenas de tierra. Como que no quería acercarse pero sí se acercó. Les quitó la tierra de encima y me leyó las letras del baúl: “María Inés del Castillo Catalán”, eso dijo, mami, y yo sentí raro. Nunca había escuchado de esa manera mi nombre. Luego sacó despacito las cosas de la caja azul, tocó la ropa, el cuellito de encaje, la muñeca de porcelana, la carta en la que mi papá te dice que su esposa puede criar a “la niña”. Renata me leyó la carta completa,



Pesadillas reales



Sueños

mami, y dijo que eso quiere decir que esa señora quería cuidarme.

Renata sacó esas cosas que envolviste en papel y en tu mantón. El marido de Renata y el doctor se llevaron

a Conchita porque estaba muy mala. Renata estaba así muy rara, con miedo y enojada. Yo quería platicar con ella como antes, pero ella no me quiso ver ni oír. Lloró mucho y se puso gritona, mami. Dijo que todo era como un mal sueño. Le gritó a las paredes como queriendo encontrarte y tú, mami, no abriste ni siquiera una ventana, eh. Gritó diciendo que no quería esta herencia y, ¿qué crees?, nos dijo malditas sean. Dijo que iba a sacar las cajas de aquí para siempre, mami. A mí eso me da miedo y tú no dices nada. ¡Qué mal que su mamá se haya metido en sus sueños! Yo no me quiero ir. ¿Qué no oyes lo que te digo, mami? Renata creció y tiene un esposo y una hija y vino a buscarnos. ¿No vas a cumplir lo que me prometiste? ¿No vas a devolverme la vida que tú misma me quitaste?

III

Cuando Conchita salió del hospital Renata le contó otro sueño que había tenido en el que escuchaba la voz de la niña muerta, sus quejas y recriminaciones. Le dijo que conocía bien a la niña, que ni ella ni su madre descansarían hasta encontrar otras mujeres para reencarnar. Conchita se horrorizó. Le dolió en la memoria la imagen de su fiel sirvienta y la de su bebé.

—Van a estar buscando a otras mujeres para encarnar —insistió Renata—. Conchita, tú y yo ya perdi-

mos seres muy queridos. Tenemos que deshacernos de las cajas.

A los pocos días, llegaron a la casa Renata, Ricardo, un cura y un sacristán. Adentro hacía más frío que de costumbre. Sin prisa, el padre besó la estola y se la colocó en el cuello. El sacristán prendió los incensarios y repartió velas entre los asistentes. Todos juntos fueron recorriendo las habitaciones de la casa. Trataban de rezar un rosario, pero la atmósfera era pesada y las intervenciones en latín del padre añadían al rito una insoportable solemnidad. El sacerdote rezaba, bendecía la casa, injuriaba a los espíritus y volvía a responder el rosario para indicar la necesidad de continuar orando en grupo, con fuerza y mucha fe, les había advertido. En el pasillo de arriba, Renata le pidió que ya sacaran las cajas. Todos se sentían frágiles, amenazados por la presencia densa de las mujeres y niñas que ahí habían muerto.

Las puertas y ventanas se movían con una lentitud desesperante, para luego azotarse dejando pasar ráfagas de aire helado que parecía penetrarles los huesos. El cura continuaba el recorrido. La duela y los muebles aujían. Conchita moría de pánico y se concentraba en recordar las frases del rosario, las decía incompletas, en desorden. Santa María, madre de Dios./ Ruega por nosotros./ En el cielo, en la tierra y en todo lugar...

Poco a poco el abrir y cerrar de puertas fue cediendo. De pronto la casa quedó en un silencio casi absoluto. Sólo se escuchaba el rumor fervoroso de Conchita que



Caja o féretro

seguía con los ojos cerrados sin darse cuenta de la expectación de los demás. Un cristal estalló en el cuarto de servicio. Todos fueron a la azotea siguiendo al padre. Él se paró junto a las cajas, respiró profundo y las roció de furiosos chorros de agua bendita y rezos. Luego de una lucha con el aire silbante de la azotea, su propio temor y el cansancio, el sacerdote ordenó que levantaran las cajas. Ricardo y el sacristán se apresuraron a bajarlas para subirlas al coche de Renata.

Ya en el panteón, Renata, Conchita y el padre hicieron el entierro de las cajas y les dejaron flores como si se tratara de personas recién muertas. Las mujeres se sintieron aliviadas, hermanadas y finalmente libres. Conchita, todavía convaleciente, se apoyó en Renata para salir del panteón y de esa desagradable historia que no lograban comprender. Dejaron al cura en la iglesia y experimentaron una serenidad tan extraña como nueva.

—Se acabó, Conchita —dijo Renata para escuchar sus propias palabras.

Las dos sonrieron y Renata siguió manejando para dejar a Conchita en la casa y recoger ahí a Ricardo y a su niña que ya había salido del colegio. Sin embargo, conforme se acercaban a la casa, su calma fue tornándose en incertidumbre, en una vieja angustia que volvía a inquietarlas, apoderándose de sus pensamientos. En el jardín las esperaban Ricardo y la hija de Renata. Al ver a su madre, la chiquita corrió extendiéndole los bracitos.

—¿Verdad, mami, que nos vamos a quedar a vivir aquí? Ya le dije a papá. Nos vamos a quedar aquí porque me quieres mucho. ¿No me oyes, mami, lo que te estoy diciendo?

Renata sintió que se desvanecía. No lograba saber si estaba despierta o en otro sueño. ¿Por qué veía a su madre en el jardín con una mujer humilde que ayudaba a una nenita a dar sus primeros pasos? Escuchó de nuevo el abrir y cerrar de puertas en el interior de la casa. Se miró a sí misma parada en el jardín de su infancia y sintió un escalofrío que le mordió las entrañas. Volteó a ver a Conchita mientras la niña le seguía reclamando con voz chillona. Conchita asintió con la cabeza, tomó la mano de Renata y le dijo al oído.

—Ahí están. Todas siguen aquí. Su historia está unida a estos muros. Vamos a entrar Renata, ésta es nuestra caja.

Renata dio unos pasos hacia la casa, se detuvo a mirar el jardín que parecía no haber cambiado en tantos años. Miró en Conchita la cara de la Señora y en su hija el rostro de la pequeña María Inés. Todo parecía un mundo ideal, ensamblado casi de manera perfecta. Tuvo la sensación de estar inmersa en una atmósfera irreal y dulce que la seducía. Permaneció en silencio, reflexiva, percibiendo el momento de una forma diferente. Escuchó la voz tenue de su madre.

—¿Qué no ves, hija, que se te siguen confundiendo los planos?



Tirando muros en la soledad

Si eso era un sueño entonces ella tenía el poder de reescribirlo. Metió la mano al bolsillo sin saber lo qué buscaba. Su madre le alzó la barbilla como cuando era niña y quería que la viera a los ojos. Renata levantó la cara y vio que su madre cruzaba la puerta del zaguán llevándose a su hija de la mano. La voz de Ricardo rompió el hechizo del momento.

—¿Nos vamos linda? Despídete que la beba ya se anda yendo sola.

—¿Qué no es esta nuestra caja? —permanecían en el aire las dudas de Conchita.

Renata bajó la cabeza y miró en su mano la llave del zaguán, la única que servía. Apretó el puño, tomó a Conchita del brazo y la sacudió con fuerza.

—No Conchita. Esta no es nuestra caja.

Al decir esto la puerta del zaguán hondeó como bandera y las mujeres voltearon a mirarla. Ahí estaban la mamá de Renata y la muchacha con su niña, esperándolas como para despedirlas. Conchita y Renata cruzaron la puerta de salida y dejaron para siempre la casa. La madre de Renata, la muchacha y su niña se fueron atrás de ellas para cuidarlas como sus legítimas ancestras, aunque Conchita y Renata nunca más volvieron a verlas. **U**

Alma Rosa Jiménez ha escrito cuentos y es directora del Museo Universitario del Chopo.